

Editorial ★

En la mesa del poder, se reúne toda la clase política con el presidente usurpador Felipe Calderón. Cada quien se acomoda para la foto, de vez en cuando hace una declaración altisonante, cuidando, desde luego, que no se salga de lo establecido. Se trata de un script que se repite hasta la náusea y que, de tan malo que es, ya no juega ningún papel. Bueno sí, el de entretener a los medios de comunicación y a los lectores de noticias.

La realidad es que están mudos, que no alcanzan a musitar algún monosílabo por la sencilla razón de que no entienden nada. En los medios de comunicación se decide poner una pantalla negra no por protesta, sino por algo más sencillo: no tienen nada que decir de que se esté asesinando y secuestrando a periodistas.

Nadie dentro de la clase política acierta a formular un diagnóstico medianamente acertado sobre lo que pasa. Hoy, los noticieros son una combinación de entrevista al funcionario, entrevista al especialista y ver qué se dice en las redes sociales.

En especial, estos últimos espacios se han convertido en la fuente del saber de los medios de comunicación. Pero si eso sucede, ¿para qué sirven los medios como tales? ¿cuál es su utilidad?

El funcionario va a decir siempre lo que contiene el casete que tiene en la nuca. No se va a salir de su script. Si es Secretario del Trabajo va a decir que ya salimos de la crisis y que se han creado 600 mil nuevos empleos. Y así, el resto.

El especialista, primero que nada tiene que demostrar que lo es, es decir, que sabe más que uno. Que posee los códigos del conocimiento que le permiten discernir lo que está sucediendo y que es un ser superior, digno de reconocimiento y consideración.

La realidad: la mayoría de las veces se trata de estúpidos, prestos a narrarnos una retahíla de lugares comunes, dichos con suficiencia doctoral. Aquí estamos hablando de la inmensa mayoría de l@s editorialistas de los periódicos y de los invitados e invitadas a los noticieros de radio y televisión, así como de l@s que, incluso, tienen un programa especial para ell@s. Analistas que no son capaces de decir “me equivoqué, lo que les conté no era así”.



Un sinnúmero de veces la realidad los ha desmentido de manera flagrante y, sin embargo, siguen frescos como una lechuga. La realidad y los seres humanos son algo que les importa muy poco.

Hubo una época en que leer los editoriales de Daniel Cosío Villegas o de Gastón García Cantú, para no hablar de Paco Martínez de la Vega o de Víctor Rico Galán, era vital para comprender fragmentos de la realidad. Hoy, no importa en qué diario, no importa qué editorialista: la inmensa mayoría son superfluos, banales y, sobre todo, soberbios y mentirosos.

También, los medios están mudos porque, hoy, los que hablan lo hacen desde las redes sociales. Ahí sí se organiza la vida de una buena parte de los seres humanos urbanos. Los medios de comunicación no son sino el pálido reflejo de lo que está pasando en las redes sociales, a pesar de que una buena parte de su información provenga de ahí.

Centenares de miles de periodistas en potencia escriben todos los días lo que en el país pasa. Ahí nos enteramos de la gran indignación por lo de los niños asesinados en la guardería ABC, de Sonora; ahí supimos de la terrible verdad de los jóvenes asesinados en Ciudad Juárez; ahí nos dieron a conocer la indignación que sentían los regiomontanos por el terrible crimen de los dos jóvenes estudiantes a manos del ejército. Y ahí hemos visto cómo la sociedad civil encuentra un nuevo espacio, después de que desde el poder se le cerraron todos.

En el twitter nos enteramos de cuánto costaban los tenis del hijo del hombre de las admoniciones, Andrés Manuel López Obrador. Nos enteramos que tenía su “chacha”, a la que le explicaba con paciencia los graves problemas de los que su padre hablaba en la plaza (claro, nunca se decía cuánto se le pagaba). Por el mismo medio nos enteramos que, al día siguiente, desapareció la cuenta del hijo de AMLO, seguramente porque a papi no le gustaron las pendejadas que ahí decía su hijo.

Pues bien, si usted es de los que todavía prende el radio en la mañana para tratar de enterarse de qué pasa en el país, ya no digamos en el mundo, lo conminamos a que lo piense.

La crisis de la clase política arrastró tras de sí a los medios de comunicación y los hizo ser parte de su misma crisis. Se trata de amantes despechados, ya que muchas veces intentan ser críticos pero siempre acaban hablando a la gente, para el poder. No hablan de los problemas de la gente, sino hablan a la gente mirando al poder. Trasminan esa forma de ver la vida en la cual la política sólo tiene espacio si ésta se hace desde el Estado. Estatólatras que, hasta cuando hablan de la sociedad civil, lo hacen no para mostrar la potencialidad de ésta, sino para tratar de conducirla a aguardar en torno a la mesa del poder para disputarse los mendrugos que de ella caen.

La calle, el trabajo, el metro, las redes sociales, el taxi, el ejido, la comunidad, la colonia amenazada por los bulldozers, etcétera, son los lugares para enterarse de lo que pasa en un país llamado México, que dicen allá arriba que cumple doscientos años de independiente y cien años de revolucionario. Que con su pan se lo coman.